

cuento inmemorable

Walter J. Mucher

Había una vez, ...

No-, pensaba Ricardo, -no otra vez-. Poca paciencia demostraba en su cara ante la posibilidad de tener que escuchar otro cuento estúpido de hadas madrinas y príncipes azules.

... cuando una vez era una vez, ...

Maldita sea-, seguía pensando Ricardo. No era suficiente que el cuento fuese de boberías, sino que también trillaba en lo absurdamente chichoso.

... la ruptura de una vez ...

Como chicle pegado a la suela de un zapato-, se jactaba Ricardo a sí mismo. No solamente era trillado y simplista, sino completamente tonto. No acababa de empezar el cuentista y ya juega furtivamente con esa postmodernidad que ha corrompido con el buen juicio entre tantos aspirantes a cuentista.

... donde el cuento se narraba. ...

Qué pedantería-, murmuraba Ricardo desesperadamente, molesto porque su propio cuento había sido rechazado por ser muy estructurado, muy moderno y pasado de moda. -¡Moda! ¿Qué importa la moda frente a una verdadera obra de arte?

... Y, en esa narración, se expresaba una disensión. ...

¡Disensión, mierdazón!– Ricardo miraba las caras absortas del público atontado que lo rodeaba y se retorció ante tanta adulación por nada. ¡Nada!

... Y esa disensión corrompía esa narración sin saber que esa narración era suya. ...

Suya, muya,– pensaba Ricardo sobre el trabalenguas que escuchaba. ¿Dónde estaba el orden? ¿La premisa? ¿El mundo de los personajes, sin hablar de los personajes afligidos y heroicamente despavoridos ante las parcas de la realidad? ¿Dónde radicaba la criatura que había de ser desprendida en su conformidad, sustraída de su seguridad y felicidad por un agente vengador? ¿Dónde estaba la dichosa narrativa? ¿y la presencia de un agente desruptor, dónde estaban las circunstancias enajenantes que cumplirían con atraer al lector al entendimiento de una moraleja? ¿De una conclusión?

... En su disensión, él no se daba cuenta que corrompía su realidad, su ser. ...

Ahora le dio con ese "ser" milagroso. ¿Es que no podemos pasar un día sin estar pensando en santerías? ¿O en budismos baratos, de esos que permean en cada centro karatéutico ilusionando mentes pobres y enfermizas con espejismos de fetichismo oriental?

... Y con cada disensión su ser flaqueaba. ...

“Flaqueaba.” Qué tontería–, repuso Ricardo en silencio. Pero la verdad era que Ricardo estaba cansado y le había entrado una morriña. Qué no daría por poder irse a darse una siestecita antes de continuar con el programa del día. Las conferencias restantes no prometían ser de mucho agrado.

Ricardo bostezó ligeramente, pensando que era muy tarde para estar de estas. Debería irse a su apartamento, tomar un leve refrigerio y considerar trabajar en su nuevo libro, sólo dedicarle un par de horas antes de irse a dormir. Ricardo bostezó de nuevo, no haciéndole mucho caso al narrado, pensando que tal vés muy cansado para trabajar y debería irse a dormir.

... Poco a poco, el disentor se dormía, y mientras sucumbía al sueño, su ser se apagaba. ...

Dormir, qué rico–, pensaba Ricardo.

... Poco a poco, el ser del disentor se apagaba sin darse cuenta de su error. ...

¿Error?— miró Ricardo al narrador. —Error fue venir a esta tontería.— Una vez más Ricardo luchó con un bostezo. Pero Ricardo no podía contener su cansancio, y se daba cuenta de que su visión le estaba fallando, de que veía todo algo borroso. Mirando a su alrededor, mientras se restregaba los ojos ligeramente con los dedos de su mano izquierda, notaba que las luces se nublaban, como si estuviese en medio de una bruma. También notaba que al escudriñar los rostros de sus compañeros, de gente desconocida que él había identificado como prisioneros, al igual que él, parecían borrarse ante una luminosidad cual origen no era identificable. Una vez más Ricardo se estrujó suavemente los ojos con su mano, y se maravillaba de la borrosidad que dominaba su visión. —Cualquiera diría que tengo cataratas—, pensó Ricardo ante la absurda borrosidad en sus ojos.

... Con cada disensión, el disentor se borraba, hasta que, cuando ya era muy tarde, se dio cuenta de que la narración era su narración. ...

Había olvidado las tonterías del cuentista, —Su narración, ¡Já! Que fuese dios—, pensó Ricardo algo aturrido por su cansancio.

... Y, en el momento narrador, el narrador dejó de narrar su “yo”. ...

Su y ... —.

...

Al finalizar el cuentista, todos se levantaron aplaudiendo su cuento. El cuentista, muy cortésmente, se levantó y aceptó muy agradecido el aplauso ofrecido por el público quien laudara tan afectivamente su canción. Pero, por dentro, el cuentista estaba algo triste. No porque no mereciera los aplausos, y menos por que se sintiera insatisfecho con su función. Sino porque entre tantos elogios un asiento permaneció sin rostro ni voz.